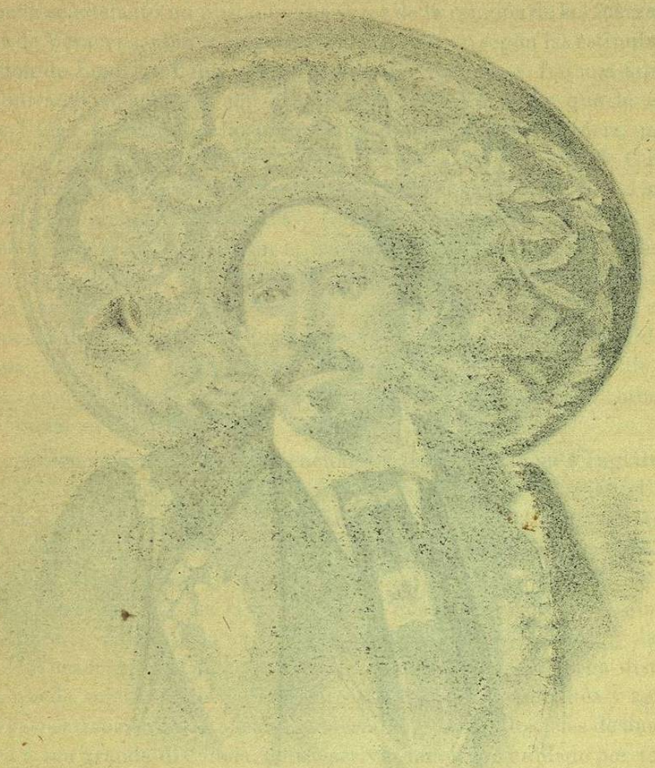

Prim ó Serrano, en tanto que varios periódicos españoles protestaban contra la idea de que los vencedores en Africa se pusieran á las órdenes de un general francés.

La impresión producida en los habitantes de Veracruz por las tropas españolas y la manera con que fueron recibidas, están consignadas en el parte oficial dirigido por el general D. Manuel Gasset, jefe de la división expedicionaria, al capitán general de la Isla de Cuba, general Serrano. En dicho parte dijo: que halló la ciudad abandonada por la mitad de sus habitantes, y por todo funcionario público, á excepción de los munícipes, que habían quedado con la misión especial de velar únicamente por la gestión de los intereses municipales, sin intervenir directamente en nada que pudiera implicar el menor auxilio á las tropas que ocuparan la plaza, según expresa orden del Presidente de la República. Hasta los archivos y legajos más insignificantes de papeles de todas las oficinas habían desaparecido por completo, y no había ni quien se presentara á distribuir el alojamiento de los oficiales, por temor de incurrir algún día en las penas que el gobierno mexicano había señalado para cualquier habitante que tuviese con los españoles la menor intervención protectora. "Por otra parte, la actitud del escaso vecindario era evidentemente pacífica, aunque recelara de nosotros por las abonadas voces que se habían hecho correr contra la buena disciplina del ejército español."

El general Gasset, pedía empleados para los diferentes ramos de gobierno y administración, "porque á excepción de un cura con dos capellanes, dijo, ninguno quedó aquí que pueda dar idea de semejante gobierno, y todos los vecinos se alejan de nosotros por temor de incurrir en terribles compromisos." La cuestión de subsistencias era gravísima, pues al mercado nada entraba, porque los comestibles provenían de una distancia de cuatro á cinco leguas en que cesan los arenales y terrenos incultos, y las guerrillas impedían la entrada de toda clase de recursos; las existencias anteriores ya escaseaban, el comercio era nulo, la gente pobre no tenía ocupación y con la llegada de las fuerzas expedicionarias se acabaron de consumir los pocos víveres que quedaban.

En otra carta fechada en 26 de Diciembre, decía: "He dicho á V. E. en mi comunicación anterior, que respecto á la administración de justicia, me veré más embarazado que en ningún otro ramo, y así considero urgentísima la venida de empleados que la sirvan; porque realmente arredra el considerar, que en una población de esta clase, en un puerto de tal importancia, que la aduana produce en tiempos normales cuatro millones de pesos al año, no hayan quedado personas capaces de constituir siquiera un juzgado ó una escribanía." Se quejaba y llamaba ridícula la actitud del Ayuntamiento al considerarse y querer ser considerado como corporación mexicana, con independencia para cuidar de la administración de la ciudad y por lo tanto con aspiraciones á no ser intervenida en nada ni por nadie.

El desembarco del ejército español fué descrito por D. Juan Antonio López de Ceballos, secretario de la misión diplomática de España en México, en un oficio que desde Veracruz dirigió á su gobierno. "El muelle y la plaza estaban llenos de

curiosos, casi todos españoles; ni una demostración de alegría, ni un grito de entusiasmo nos dió á conocer que estábamos rodeados de compatriotas." El general Serrano decía á su gobierno en 16 de Diciembre: "que los mismos que habían clamado por la aproximación de las fuerzas españolas, y que tantas y tan repetidas veces habían reclamado que se presentaran en México, comprometiendo cada vez más al gobierno á enviarlas, eran los primeros en temer las consecuencias y en lamentar la guerra."

A causa del mal tiempo, suspendieron el desembarco los españoles el día 17 y lo continuaron dos días después. Desde luego comenzaron los disgustos y compromisos del Ayuntamiento, que constantemente estaba reunido para velar por los intereses de la ciudad y cumplir las instrucciones del gobierno del Estado; fué atacado con exigencias desmedidas, y se pretendieron de él sacrificios que ni el honor ni el deber le permitían satisfacer; por esto tuvo que sufrir grandes disgustos el primer alcalde Sr. Rosas. Los primeros días pedía la autoridad militar casas grandes para alojamientos, y locales para depositar el material de guerra que se estaba desembarcando. Después se quería tratar á Veracruz como país africano conquistado y á las autoridades con despotismo, según se vió al citarlas el gobernador político y militar Vargas Machuca, quien pretendió presidir el cabildo, á lo que se negaron los munícipes y resolvieron que antes se disolviera la corporación, lo que de hecho aconteció. Comunicado el acuerdo al gobernador Vargas, de quien se sabía que pretendía quitar de la sala de sesiones el escudo de las armas nacionales, quiso nombrar otro Ayuntamieno, diciendo que estaba acostumbrado á ser obedecido; pero renunciaron los mexicanos nombrados y quedó la ciudad sin autoridad alguna mexicana, hasta que llegó el general Prim y nombró una junta municipal y alcaldes á D. Joaquín de Muñoz y Muñoz y á D. Manuel Serrano.

Una comisión de españoles residentes en el puerto, felicitó al general Gasset; éste reorganizó la aduana é indicó la manera de cobrar los derechos á los efectos importados; dispuso que solamente se admitieran cartas para el exterior, creó un tribunal de comercio que presidió D. Ramón Grinda y nombró capitán de puerto á D. Joaquín Ibáñez.

Algunos periódicos españoles hicieron al gobierno de México extraños reproches, "La España, decían, ha esperado mucho tiempo la satisfacción que México le debía; pero ha esperado en vano y está en su perfecto derecho para declararle la guerra." Sin saberse sobre qué era la satisfacción debida, se creyó que podría referirse al asunto del pasaporte enviado al embajador Pacheco; pero el haber sido destituido por su mismo gobierno, demostró de una manera positiva, que ese hecho no podía ser causa de la guerra, tanto más cuanto que el gobierno mexicano dió al gabinete de Madrid una explicación, considerada por éste conveniente y verdadera, esto es, que el carácter de Embajador no había sido ofendido en la persona del Sr. Pacheco, por el hecho de haberle enviado sus pasaportes, sin que se tuviera intención de ofender á España y simplemente por hechos particulares del mismo Sr. Pacheco.

El gobierno del Sr. Juárez había ofrecido que aceptaría al ministro que la reina juzgara á propósito enviar y que por su parte nombraría México el suyo para mantener las amistosas relaciones entre los dos países, proposición que no fué contestada, lo que dió motivo para mil conjeturas contra la amistosa disposición de España para con México, é impidió que el Sr. Juan A. de la Fuente, nombrado ministro cerca de S. M. C., pudiera llenar su misión, aunque en París mantuvo correspondencia con altos personajes de la corte de Madrid; pero sus esfuerzos fracasaron completamente. El Sr. La Fuente no pudo presentarse en España, recordando lo acaecido con el Sr. Lafragua, á quien altos funcionarios habían dado seguridades suficientes para que emprendiera su viaje á Madrid, donde una vez llegado y después de haber hecho concesiones que los ministros de Francia y de Inglaterra juzgaron satisfactorias para ambas Naciones, sus esfuerzos tuvieron por respuesta un fracaso tan inesperado como inmerecido. ¿Podía esperar el Sr. La Fuente, mejor solución después de aquel suceso?

Entre las recriminaciones de la prensa española contra el partido liberal, y que sin duda tendían á la declaración de guerra, resaltaba la que se refería á las prevenciones alimentadas en México contra súbditos españoles. La verdad es que, aunque en su mayoría muy considerable pertenecían á la reacción, nadie los molestaba mientras permanecían pacíficos dedicándose á su principal objeto, que era allegar una gran fortuna; pero cuando algunos jefes reaccionarios de origen español, como lo eran los dos Cobos, Pérez Gómez y otros, cometían actos de barbarie en la sangrienta guerra que hacían al partido liberal, no podía éste menos que perseguirlos sin confundir jamás á sus enemigos armados con los hombres pacíficos. Mientras mayores esfuerzos había hecho el gobierno de México para un avenimiento con el español, más se le acusaba de alimentar prevenciones hostiles contra España; enviaba embajadores que no eran recibidos, daba explicaciones y proponía renovar las relaciones interrumpidas y por respuestas tenía el silencio; y al partir de la Habana una expedición con destino á Veracruz, para hacer la guerra al gobierno mexicano, se decía que México debía dar satisfacciones á España!

Periodistas extranjeros habían pretendido excitar contra México tanta animosidad y ciegos destruían unas acusaciones con otras, dando pruebas del furor insensato que pervertía su buen sentido; unas veces atacaban con odiosos epítetos á la masa de la Nación, y otras la representaban como muy buena explotada solamente por reducido número de intrigantes; ya representaban sumamente corrompido el círculo de los hombres inteligentes, ya como muy honorables impidiéndoles la Nación hacer algo que pudiera serle ventajoso; dividían á la República en dos campos y cuando convenía á sus miras, presentaban un tercer partido que decían existía, formado de hombres dignos, capaces, alejados de la escena política por la violencia y la intolerancia de los partidos extremos; algunos escritores consideraban que era decir todo el mal posible del presidente Juárez, llamándole indígena de raza pura, otros consideraban esta circunstancia como una garantía de adhesión popular y elogiaban el carácter y el talento del presidente constitucional.

Para aquellos escritores, las revoluciones en México no habían dado resultados dignos de consideración, sin fijarse en que estaba conseguida la Independencia nacional sin auxilio de ninguna potencia extranjera, la esclavitud había sido abolida, título de gloria inscrito en los fastos de la humanidad. Aun en la mayor recrudescencia de nuestras revoluciones, no se habían verificado los hechos crueles é infames que algunos periódicos españoles atribuían á la Nación mexicana, y cuando algún subordinado al gobierno había cometido excesos, éste se habia apresurado á acordar las reparaciones que el caso exigía.

No merecía México los ataques que la prensa europea le prodigaba en 1861, cuando ya había conquistado la abolición de privilegios políticos, la igualdad civil entre razas que se había procurado aislar unas de otras durante tres siglos; otras conquistas progresistas estaban en armonía con las aspiraciones del siglo: la condición legal del extranjero, las amplias leyes sobre colonización, casamiento civil y libertad de cultos, eran otras tantas adquisiciones aun no verificadas por algunas Naciones civilizadas. El principio de nacionalidad, ó no intervención, consagrado para países como Italia, era despreciado cuando se trataba de México; declarábase necesario traer la guerra contra esta República, por los motivos que en otras partes nada valían absolutamente. La tesis enteramente empírica de la existencia entre nosotros de un partido medio, sostenida por notables escritores, era del todo falsa, invención especial para hacer viable el proyecto de un protectorado extranjero.

D. Juan N. Almonte fué á Madrid después de haber salido el general Prim á mandar la expedición española; llevaba por objeto decir al gobierno español cual era el deseo de muchos mexicanos emigrados en Europa; vió al Presidente del Consejo de Ministros y al Ministro de Estado, y se le contestó que iba á hablar de un pensamiento que era conocido, de un proyecto para cuya realización había dado ya pasos muy adelantados, precisamente cuando había partido la expedición española y el general en jefe que debía mandarla, Plenipotenciario que llevaba las instrucciones necesarias, circunstancia que eximía á los ministros españoles de dar otra contestación; el general Prim debía atender á todos los puntos á que se refería la Convención de Londres, para resolver las dificultades que pudieran presentarse y dar las soluciones que en cada caso convinieren. Se le dijo á Almonte en buenos términos, que no podría en manera alguna contar con el apoyo del gobierno de España, que ante todo quería dar pruebas de que respetaba la libertad del pueblo mexicano para constituirse como quisiera.

Esta conducta era muy diferente de la seguida en París. Recibía la Emperatriz Eugenia con frecuencia en las Tullerías, á los emigrados mexicanos y oía en el dulce lenguaje de su infancia la descripcion de las tristezas y desgracias de México. La causa del partido clerical estaba identificada con ella, que sentía las persecuciones de que eran objeto aquí los partidarios del clero; en consecuencia hacían grande efecto en su ánimo las lamentaciones de los proscritos, que alentados por tan benévola acogida entreveían la eventualidad de un cambio, gracias al apoyo de la

Francia y veían en la Emperatriz una aliada convencida y resuelta, que consideraba glorioso para Francia restablecer el orden en México; por esto insistía con Napoleón para que se lanzara pronto en una empresa, que en último análisis aparecía muy sencilla, pues se trataba solamente de derribar una facción que oprimía al país.

Los consejeros de las Tullerías no solamente no se oponían á la Intervención, sino que la impulsaban, distinguiéndose el duque de Morny, á quien se atribuía con fundamento un interés personal en el negocio relacionado con los bonos Jecker, banquero que había sabido interesar en sus asuntos á ese hombre de Estado de tan grande importancia en el segundo Imperio francés.

Materia de gran sorpresa fué todo lo que se hacía en Europa con respecto á los asuntos de México, y la conducta de las potencias aliadas no podía explicarse sino considerándolas muy mal informadas acerca de lo que en México ocurría. La oscuridad que se mostraba en lo relativo á la Convención era extrema, y aunque se rumoraba la creación de un trono en México, los aliados negaron la verdad de tales rumores, siempre quedando la vaguedad y la contradicción, aun después de rechazar la existencia de proyectos de conquista y de intervención en la política y la administración mexicana, pues sin esto no tenían objeto los ejércitos y las escuadras llegadas á Veracruz. La amistad no se ejerce con actos de hostilidad. No se comprendía cómo se había de dar cumplimiento al artículo 2º de la Convención firmada en Londres, de no coartar los derechos de la Nación mexicana para que escogiera la forma de gobierno que le pareciese y se constituyera libremente, al notar que en Veracruz no quedaba ninguna de las instituciones de México y que allí se estableció un gobierno despótico y absoluto.

La "Patrie" veía en la expedición de México, un medio fácil de esperar que en una oportunidad próxima se levantara el bloqueo de los Estados del Sur norte-americanos, y proveerse de algodones. Los publicistas alemanes atribuían á Napoleón proyectos más extensos como consecuencia natural de lo que había hecho en Africa, Cochinchina, Crimea é Italia. La idea principal, decían, consistía en el establecimiento de monarquías fuertes y durables, fundadas en afinidades de raza, religión é idioma, aunando en ellas la libertad constitucional con el orden; todas las Repúblicas de la América Central y del Sur, deberían dar lugar á reinos regidos por vástagos de casas reales; la monarquía se extendería por todo el Nuevo-Mundo. La política de las Tullerías para balancear el poder de Europa en los países americanos interesaba no sólo á Inglaterra y España, sino también al Austria é Italia; queriendo ésta sacar ventajas de la combinación que designaba para México un príncipe europeo, en Génova se alistaban dos fragatas de vapor para tomar parte en el movimiento hacia México y se veía que otras naciones marítimas hacían lo mismo.

El "Times" de Nueva-York publicó una correspondencia de París, en la que refería el corresponsal que Luis Napoleón le había negado una entrevista, aunque se le oyó por intermedio del Sr. Almonte, quien tenía frecuentes entrevistas con el Emperador y su ministro de Relaciones. Después de una que duró una hora